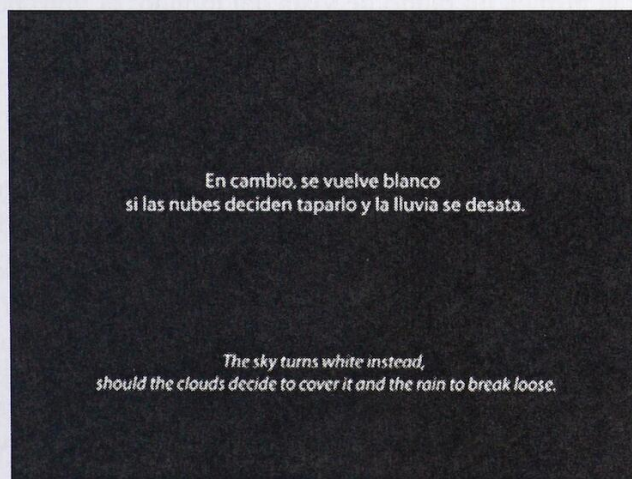


tiempo no le deja ningún lugar para descansar” (“Trois peintres américains”, en Peindre, págs. 267 sig.). En Kandinsky, la abstracción no se realiza tanto gracias a las estructuras geométricas como a las líneas de marcha o de recorrido que parecen remitir a motivos nómadas mongoles<sup>14</sup>.

Ahora bien, el hecho de que el personaje principal “Tomás” sea un niño invidente, nos plantea una propuesta de definición de los colores que viene también modelada sobre un concepto regular de la vivencia. Por lo tanto el color se le puede consentir como una vivencia, el color es una sensación, o el color también puede ser una experiencia que lo hace crecer y percibir el mundo desde otra mirada y que como inclusive en el caso de Harbisson, el color puede llegar a tener una traducción diferente a la conocida tradicionalmente.

Estamos en cierto modo ante la afrenta que ya hace bastante tiempo atrás nos ha puesto Duchamp, esto es: cómo miramos la vida, cómo miramos la obra, o cómo percibimos el mundo. A lo que podemos responder con lo que Tomás refiere: “El color café cruje bajo sus pies cuando las hojas están secas. A veces huele a chocolate, y otras veces huele muy mal”, y en esa expansión de la definición, para nosotros (videntes) el marrón, para el invidente se siente en el color café que es una sensación (el color café).



[Fig. 7. Texto presentado en: «El libro negro de los colores».]

<sup>14</sup> Nota número 35, léase en: DELEUZE, GUATTARI 2004: 509.